

La red como un ambiente

Comunidad, libertad, seguridad y sus anversos

Shila Vilker

UNO

El siglo XX dio forma al hombre de las grandes ciudades. Este individuo, en la expresión del sociólogo y filósofo de la cultura Georg Simmel, fue caracterizado como “urbanita”. Al urbanita podríamos presentarlo como el resultado del efecto que surten esos complejos artefactos que son las ciudades sobre los hombres y sus formas de ser y de encontrarse unos con otros.

Las ciudades, como bloques molares, garantizaban al individuo un terreno donde encubrirse en el anonimato; con ello, las fronteras de la libertad se expandían. Pero también, junto a la ampliación de libertad, empezaban a predominar, en las relaciones sociales, las formas racionales e intelectuales. En este punto, las formas ligadas a la afectividad, el conocimiento y la confianza, propias de las pequeñas comunidades, se retraían; el resultado de estos desplazamientos fue un proceso ambiguo y tensado entre la radicalización de las singularidades y la impersonalidad; entre los intercambios objetivantes y la ampliación de los espacios de libertad individual.

El gran artefacto de cultura de nuestro tiempo es la web. Por eso, el hombre de hoy no es el urbanita, sino el hombre conectado, re-ligado virtualmente ¿“virtualita”? Y será este ambiente de conexión virtual lo que decida las formas de hacer experiencia del hombre contemporáneo.

La web ya no es medio. No es soporte. Y esto es así aún cuando sus habitantes se definan como usuarios; esto es, usuarios de un soporte tecnológico. En tanto destino capaz de modelar conductas, formas de sentir, de percibir, de conocer, e, inclusive, modos de relaciones entre los hombres, ha devenido un ambiente. La web, entonces, será aquí pensada en tanto que ambiente. Y en tanto tal, recrea el mundo con ilusiones diversas: la de las afinidades electivas, la de la cooperación intencional y apasionada, la de las singularidades potenciadas, en definitiva: vuelve a crear comunidad y confianza y, a la par, singularidad.

Sin embargo, veremos, con ello muere el modelo ciudadano. Los habitantes de las redes no son ciudadanos o productores; se definen por los criterios del cliente (que se esconde, pero pervive signado bajo la lógica del usuario). Las exigencias del cliente son la satisfacción permanente, la objetivización de la oferta, el abandono del objeto de intercambio (cuando no responde a las exigencias). El usuario, además, es, en el fondo, profundamente individualista. Todo ciudadano es conciudadano. El usuario no es conusuario. Sin embargo, el usuario vive en y de la ilusión de la lógica comunitaria. Como veremos, esta no es la única paradoja que suscita la web.

En lo que sigue, trataremos de indagar cómo son las formas de cultura, tensas, ambiguas, esquizoides que este artefacto inspira.

DOS

Las ciudades tenían un mandato; la circulación. Una ciudad era, y continúa siendo hasta el día de hoy, un gran dispositivo de circulación: de hombres (de la casa al trabajo y del trabajo a la casa), de mercancías, de materias primas, de caudales, de vehículos (una ciudad que no funciona es una ciudad interrumpida en su flujo: de eso se tratan los piquetes).

Una ciudad, como un organismo, no podía ser pensado sin una buena circulación. Por eso, en el diseño de las calles, de los bulevares, siempre primó la exigencia de una cuadrícula ordenada. De hecho, el trazado de muchas ciudades se pensó al

modo de las arterias principales y secundarias. Vías de ida y vías de retorno, tal como sucede, en un organismo vivo, entre las arterias y las venas.

El mundo digital, opera en base al mismo mandato: circularás (y circulando crearás más riqueza). También ostenta su gran metáfora vinculada a la circulación: se trata de la “superautopista de la información”. ¿Qué te detiene en la superautopista? Allí todo puede ser ilimitado! Pues, de hecho, la circulación se potencia, se hipertrofia. Más aún: en la autopista de la información, se exige velocidad, velocidad de conexión. Circulación y velocidad son las claves del mundo virtual porque, hoy, lo que no puede quedar confinado u obturado, es la información, la opinión, la voz.

En ambos casos, la circulación ilimitada es fuente de libertad. En las ciudades es una de las claves del liberalismo económico, esto es de la libertad de comercio. Al nivel del “digital camp”, la circulación no puede pensarse de modo independiente de la velocidad. Como la velocidad se compra, debemos concluir que la libertad puede ser adquirida por un precio módico y que inclusive es el estado de avance del propio dispositivo técnico lo que dicta el grado de libertad que puede alcanzarse.

TRES

Recién dijimos que en el contrato que suscribimos en el ambiente digital, lo que no puede ser obturado es la circulación de la información, de la voz y de la opinión. ¿Por qué es tan importante garantizar la expresividad individual? En primer lugar, quien tiene una voz, tiene un destino.

El siglo XVIII, en pleno proceso de hechura de la modernidad, el derecho a la expresión, a la pluma, era algo por lo que cabía dar pelea e inclusive dar la vida. El derecho a la expresión y a la opinión era un valor que forjó el periodismo del siglo XIX. El siglo XX, definido por las tendencias masificantes y homogeneizantes de los grandes medios y de la política de masas, trocó el derecho a tener una voz por el derecho a la información. Allí, ya no se trataba de

que todos accedieran con una voz al ágora, sino de que lo que se realizase en su marco, no se hiciese de espaldas a la ciudadanía.

Hoy, el ambiente digital, repone la libertad de expresión individual pero de un raro modo. En primer lugar, ya hemos dicho que no se nos interpela en tanto que ciudadanos; esta simple observación ya basta para dejar fuera de lugar el concepto de derechos. No se trata, pues, del derecho a la expresión; sino de la simple posibilidad técnica de garantizar la “mediatización” digital de la voz y la imagen digital. Esto es, la retecnificación de la voz y la imagen individual que es la condición sine qua non para hacer comunidad al interior de este ambiente.

Pero en esta aparentemente inocente retecnificación se juega una inversión, la que hace de la libertad de expresión, del derecho a la expresión un mandato, una obligación: ¡Exprésate! ¡Opina!. Así, ya no se trata de tener garantizado un derecho sino de vernos obligados a sostener una voz. Sin una voz, no se es. Sin una voz ni una imagen, es imposible la comunidad virtual. En la comunidad virtual sólo se es a través de una voz; tal vez porque voz e imagen son la materialidad máxima a la que podemos aspirar.

En este ambiente, artificial como todo ambiente humano, la comunidad se estructura y sustenta sobre el soporte digital. Por ello, la posibilidad técnica de tener una voz no es un derecho sino un a priori del pacto. Es, por decirlo de algún modo, el aspecto no contractual de este contrato. Así pues, no se trata de reeditar el derecho a la expresión dieciochesco en la que todos podían acceder al ámbito público en calidad de iguales por el sólo hecho de tener voz (una voz transparente y racional); sino que entramos en una nueva lógica en la que la voz no marca igualdad, sino mera posibilidad técnica e ilusión comunitaria, pero sobre todo conforma la nueva tabla de la ley: ¡conéctate y exprésate!

CUATRO

El mundo digital es un mundo que, imaginariamente, siempre tiene una escala humana; al menos así lo experimentamos. Por el contrario, las ciudades, muchas

veces, parecen inhumanas; son espacios poco favorables para el desarrollo de la confianza y para el despliegue de lazos comunitarios. En ellas, la convivencia es conflictiva y compleja. El diseño de sus espacios y formas también parecen obedecer a mandatos diferentes que la habitabilidad. En la red todo es diferente.

Allí prima la escala humana. Y esto significa varias cosas. En primer lugar, la confianza en la vinculación y la cooperación. Todo usuario lo es junto a una serie de contactos. Son su patrimonio. Pero no lo pensemos aquí al modo de un capital social (que también lo es); sino al modo en que se hace experiencia.

Todo usuario posee una larga lista de contactos. Ellos, aún cuando no se actualicen, aún dormidos y a la espera de una conexión, son parte del elemento que compone la ilusión de comunidad. El contacto, usado o no, a priori, indica la actualidad siempre posible de la vinculación. Por eso, en la red, se es junto a los otros. Las comunidades que aquí se formarán, no serán, no obstante, coercitivas para el desarrollo individual. Antes, propondrán una rara forma de vinculación y confianza sometida a la estética de, como sostiene Virilio, la desaparición.

Importa, por ello, más que los contactos simplemente-estén-disponibles-entanto-que-contactos-listos-para-ser-usados a entablar una relación genuina con ellos. El listado de los contactos da la ilusión de cosa-grande-redonda. Los contactos no se nos imponen: podemos suprimirlos, borrarlos, inhibirlos o bien, cargarlos, cargosearlos y sobrecargarlos de información. Por eso, las comunidades virtuales presentan el mejor de los mundos posibles. Una comunidad a la medida. Que nos permite entrar y salir a nuestro antojo, donde siempre encontraremos personas con la que tenemos afinidades electivas y con las que podremos entablar vínculos de solidaridad y cooperación.

La socialidad digital, entonces, nos muestra en un estado de abierto. El hombre digital es, por definición, un individuo comunitario, vinculado, nunca centrado en sí mismo. Su estado de abierto es, al mismo tiempo, su disponibilidad a la conectividad. Es un sujeto cooperador, dispuesto a compartir su información

pero también dispuesto a informar que va a compartir su propiedad informacional; es un sujeto que *quiere y desea compartir* su propiedad informacional; pero que también desea expresar y sostener que va a hacerlo. Y en este gesto pequeño se reactualiza como diferencia. No es comunidad, aun cuando esté dispuesto a subsumirse en ella. En este sentido, estamos ante un sujeto deseante refinado y cooperativo.

Por eso, la web permite resolver un conflicto que la modernidad no había logrado destrabar: aquel que se abre entre comunidad y libertad. En ella se producen comunidades libres y sin ligazón con la huida. De ellas se participa..., hasta que se deja de participar. Estas comunidades, inclusive, pueden ser pensadas como nuevas formas de consumo cultural. Una comunidad es una red de confianza. Y una red de confianza es un modo de experimentar y consumir la comunidad como objeto de cultura.

CINCO

Pero no todo es felicidad y puro sueño comunitario realizado. La comunidad está expuesta permanentemente a enfermedades, virus, plagas y a la contaminación producidas por los spams. Como en las ciudades, la pacificación se ve alterada por fenómenos que la comunidad no puede controlar. La amenaza se yergue en medio de la mansa continuidad de la relación comunitaria.

El problema, sin lugar a dudas, reactualiza un dilema que marcó el devenir de las sociedades complejas que se desarrollaron alrededor de los Estados nacionales. Se trata de la tensión moderna entre seguridad y libertad; solo que, esta vez, la encontramos asumiendo nuevas pautas.

El recorrido del usuario joven no desconoce las amenazas. Aprende a convivir con ellas. Es capaz de apelar a recursos ofrecidos por el propio sistema para conjurar los peligros que él entraña. Los mayores, los que no han nacido con el mundo digital, en cambio, temen. El temor los paraliza. Son capaces de reprimirse por miedo.

En este sentido, los umbrales de tolerancia al riesgo en los jóvenes son mucho más amplios que en sus mayores donde el temor hace primar la estrechez de uso. Podemos sostener, entonces, que el comportamiento juvenil en la red replica los patrones conductuales que en la actualidad se están dando en las grandes ciudades latinoamericanas. Reconocen la amenaza, suelen ser víctimas de modo más frecuente que sus mayores y, a pesar de ello, no cambian sus recorridos y sus prácticas; antes, aceptan con mayor naturalidad los riesgos.

De todos modos, como en el sueño total de la sociedad de individuos, en el campo digital no hay una instancia supraindividual encargada de garantizar la seguridad. Pueden suceder, ocasionalmente, que los intereses vinculados a las grandes compañías digitales anime una vigilancia y un combate contra las amenazas de carácter común y socializable. Sin embargo, no hay allí obligación; sólo hay interés. En este sentido, es que se trata del sueño total de las sociedades de individuos.

Su corolario es muy sencillo: estará protegido sólo quien pueda pagar por ello; quien invierta en ello. De hecho, las grandes empresas invierten en seguridad o, lo que es lo mismo, saben que tener sistemas expertos e informáticos implica nuevas formas de vulnerabilidad; invertir para conjurar sus riesgos es un mandato empresario. Por eso, Internet, es, a su modo, el triunfo del liberalismo.

La amenaza, en el ambiente digital, no está encarnada; esto significa que prácticamente ningún usuario podría identificar figuras de la peligrosidad informática. Sin embargo, la amenaza es difusa y persistente. Por ahora, la tensión entre seguridad y libertad se está resolviendo a favor de esta última. Tal vez, la resolución de esta tensión pueda explicarse por la ausencia de autoridad central: su consecuencia natural es la supresión del leviatán. En definitiva, la libertad gana aún cuando la seguridad sigue siendo un problema informático de primer orden.

SEIS

El reino de la libertad que primó en el globo informático los primeros tiempos de su desarrollo generó un desorden tremendo. Por eso, la nueva etapa de la web propone incorporar un orden. Reacciona: no tolera el desorden ni la inseguridad informática; esto implica que el usuario pide a gritos orden, seguridad, progreso. Con ello, tenemos reclamos de usuarios en extremo conservadores.

En este sentido, la red es tan poco libertaria como nuestras sociedades. En ella también puede rastrearse una regulación interna que produce un superyo. Es lo que se llama la autocensura de las propias comunidades de afinidades electivas. ¿Es posible en consonancia con esto sostener que la red va produciendo su propia estructura superyoica que la regula y va relegando a los márgenes aquellas expresiones minoritarias y desviadas? En este sentido, ¿el superyo digital tiende a homogeneizar?

Si la represión se vuelve insoportable, siempre cabe moverse de barrio, de comunidad -que aquí es más fácil y menos estresante que mudarse concretamente, basta con dirigirse a otra red social. ¡O inventarse la propia!-. En este ambiente, pues, predomina el nomadismo. Por eso, la fidelización, en el marco de la red, sigue siendo un desafío; claro que el dispositivo favorece la fidelización múltiple y diversa, algo que las propuestas monogámicas del mercado en la modernidad por ahora excluyen de sus cálculos. El usuario, el virtualita, es un ser de amores variopintos.

Lo cierto es que la red está tensionada, y así están sus usuarios, entre una zona de irrestricta libertad y otra de exceso de corrección, reglas y homogeneización. La libertad facilita los desdoblamientos identitarios e, inclusive, la desidentificación. Cualquiera puede asumir la identidad de cualquier otro u otra cualquiera inexistente. Pues, en el fondo, sólo se trata del acceso a contraseñas. Sólo el rostro es insustituible; por eso el rostro es la clave de la identidad. Con la tecnología que propicia los estudios de ADN como con la que propicia la red, sólo se trata de cálculos, ejercicios binarios y contraseñas. Pero hay que decirlo: la

identidad allí concentrada implica el desfallecimiento de su propia lógica. Con ello, la noción de identidad se desvanece; se vuelve innecesaria.

Persiste, todavía, una clave identitaria si ya no el rostro: se trata del estilo. Son los estilos los que repatrían la singularidad.

SIETE

Es hora de reconocer el carácter ambiguo con que se nos revela el dispositivo técnico digital. Es masificante e individualizante a la vez. Está atravesado por una lógica homogeneizante, como dijimos; pero, a la par, no deja e promover la singularidad de la voz propia, del estilo, y lo que se resiste a los procesos de masificación. En este sentido, podemos pensar en la redefinición de los patrones de belleza que aparece vinculado a la democratización de la imagen.

Con las cámaras incorporadas a las computadoras y la experiencia de la cámara digital a cuestas, la imagen de sí mismo, desde el primer primerísimo plano, se ha tornado familiar. Una práctica de captura de la espontaneidad en la que la perspectiva moderna desaparece y se suplanta por otra cuyos límites son el largo del brazo en situación de autofoto y que suplanta la perspectiva del momento memorable por el de los momentos que no necesariamente ameritan ser recordados. Ya no se trata, pues de la fotografía de los momentos extraños al tiempo del trabajo; tampoco es la foto cuatro por cuatro que homogeneiza y uniforma.

Se trata, en su lugar, de la foto en contexto y en afecto. Los usuarios se muestran en acción: haciendo y queriendo, presente perpetuo. El dispositivo técnico favorece una foto desligada de la pose. La foto es la del hombre en su circunstancia, el hombre ante *su* cámara en *su* máquina o PC en *su* espacio y captado por *su* propio cuerpo. Con ello, la singularidad, una vez más, vuelve a ponerse en evidencia.

Este hombre, joven, así singularmente autocapturado y autopresentado, se vuelve mirada común. Por ello, en la promesa de esta singularidad, expandida, se evidencia la masificación de un modo de presentación y procesamiento del yo.

OCHO

La red también propone nuevas pautas epistemológicas. No se trata ya de homogeneizar el saber al modo en que aspiraba el espíritu más noble del iluminismo. No se trata de generar una ciudadanía con un grado común de conocimientos y en condiciones de realizar ciertas operaciones matemáticas. Hoy, en su lugar, no encaramos el desafío de la homogeneización de los contenidos sino de generalizar el acceso y las competencias de uso.

La nueva pauta de conocimiento, pues, no es enciclopedista. La caja de herramientas se ha hecho realidad, dando forma a los sueños de la teoría contemporánea, desbordada en su memoria y atravesada por el refinamiento de las especializaciones. Claro que para encontrar hay que saber primero qué se busca. Pero este es otro tema que no viene al caso aquí.

Frente al nuevo campo, la universalización, la alfabetización digital busca un grado cero vinculado a la “ciudadanía apta”, esto es, individuos en condiciones-de y con competencias-para establecer pautas comunitarias virtuales. Con estas transformaciones en el estatuto del saber, la escuela se licua y la inclusión integradora y homogeneizante y niveladora de las instituciones disciplinarias ceden lugar a las formas más refinadas y complejas de regulación digital.

A nivel epistemológico, no obstante, debemos dar cuenta de un segundo nivel. El que se abre ante lo que aquí denominamos, a falta de nombre mejor, la mayoría de edad digital. La mayor parte de los usuarios de los sistemas de redes seguimos operándola como si se tratase de un artefacto mágico. Para la mayor parte de nosotros, el dispositivo no es evidente; por ello mismo, tal vez, se nos revela como un entorno y un destino.

Esto favorece el funcionamiento ya que su optimización necesita del achatamiento de la población a la minoría de edad (se trata de permanecer en la ignorancia de los procesos complejos que llevan a cabo las máquinas, inclusive introduciendo dimensiones hermenéuticas) pero también conspira contra el propio desarrollo del sistema. Se trata, sin lugar a dudas de una aporía. Para que funcione, el dispositivo, tiene que permanecer fuera del campo de visión, se nos tiene que revelar invisible, esto es, por ejemplo, no evidenciar los criterios que usan los buscadores. Pero para progresar, debe contar con jóvenes profesionales interesados y activos, conocedores.

La optima ecuación entre estas dos instancias todavía no está logrado. El problema del personal calificado es, sin lugar a dudas, un indicador del estado de inocencia en que nos encontramos respecto de las propias potencialidades técnicas del nuevo dispositivo (ahora devenido un ambiente).

En este marco, ¿qué significa ser inteligente? ¿Ser un comprador inteligente, comunicarse inteligentemente, hacer negocios inteligentes? Sin lugar a dudas, se puede ser inteligente y permanecer en la ignorancia de ser, a la par, parte de una base de datos, objeto de análisis y presa de sistemas sofisticados de comunicación.

Por eso, se puede estar en la más perfecta ignorancia, en la oscuridad ligada a la falta de la transparencia comunicativa, pero a la par ser “inteligente”. Aporías del mundo digital.

CIERRE, ANVERSOS

A modo de cierre, los anversos.

A) La promesa ilimitada de nuevos amigos y nuevos contactos es, en su reverso, la otra cara de la soledad tremenda que prima en las grandes ciudades. Algunas redes sociales prometen virtualmente la resolución de los dramas existenciales contemporáneos que, como hemos visto, pasan sobre todo por el anonimato y el aislamiento. Por eso, en la promesa evidenciamos el malestar.

B) La promesa de la compra inteligente se abre ante la irritación que nos causan las grandes compañías. En un mundo donde ya no hay siquiera alienación, sino que todo se resuelve en la pura identificación, la ilusión y la esperanza depositada en la posibilidad de ser un comprador inteligente es una forma de reclamo y un modo aggiornato de participar de un boicot light. Es la inversión del sentimiento de vulnerabilidad del cliente.

C) Los ejercicios comunitarios y el depósito de confianza en las relaciones virtuales pueden ser leídos como la imposibilidad de hacer comunidad en las formas tradicionales. Pero también es el espacio donde se canalizaban las inquietudes políticas. Por eso, la aparente inocencia y apoliticidad de las redes sociales esconden, en su anverso, la canalización de las nuevas formas de participación, es decir, su politicidad light.

D) En medio de la libertad imaginada de estas comunidades, la falta de regulación permite el control social informal más exhaustivo que se haya visto en la historia del recontraespionaje. Por eso, el anverso de la libertad, de su ilusión, supone el despliegue de mecanismos de supervisión, rastreo que hacen que cada individuo no pueda desprenderse ya de su trayectoria biográfica.

Así, para bien o para mal, para cualquiera, la significación de una vida, para otro cualquiera, sólo se vuelve evidente en el encadenamiento significativo que la red permite reconstruir.